

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

	Páginas	
Menéndez Pelayo, guía de España	3	Jorge Vigón.
Nuestros clásicos: Sonetos	19	Juan Meléndez Valdés.
Cantando a Extremadura	26	Jesús Delgado Valhondo.
Recuerdos: El 16 de Mayo	27	Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel.
Léxico	29	Fernando Bravo y Bravo.
La vida y el arte de Roelas	31	Angel Dotor.
Zarparon tres balleneros	38	Pompeyo Cruz.
Crónicas de valle verde: Don Serazín	39	Antonio Pérez Sánchez.
A la Virgen de la Fuencisla	46	José L. Majada.
Aljibes trujillanos	47	Juan Tena Fernández.
Pensamientos	50	Melchor Cano, Alfredo de Musset, Balzac y Anatole France.
¡Oh feliz corazón que ya no lloras!	51	Pedro Romero Mendoza.
El Corpus en el Nuevo Mundo	52	Marcelino González-Haba.
Paisaje: Mujer	55	Eladia Morillo.
Petroglifos en la Alta Extremadura	57	Marceliano Sayáns Castaños.
In memoriam: Sólo viento	67	José Martínez Fernández.
Fama y dinero	68	Rufino Saül.
Páginas de viaje	69	Jacinto Martín Pájaro.
Glosario	78	Manola Pérez de Pérez de Villar.
Canción primaveral	79	Eugenio Payo.
Pensar y decir: Divagación sobre la soberanía	81	Pedro Romero Mendoza.
Tríptico de la Epifanía	83	Antonio López Martínez.
Nosce te ipsum	85	Vicente Neria.
Madrigal	89	M. Ostos Gabella.
Crítica sin hiel	90	«Un Aprendiz de Hablista».
Páginas antológicas: El ladrón	93	José de J. Esteves.
Hunde el arado de tu cruz	94	E. Gutiérrez Albelo.
Páginas infantiles: La fama	95	Miguel Canal.
El Panelenio	99	«Helénides».
Andalucía	100	Mario Gaspar.
Mirador: Crónica	101	Curio O'Xillo.
Recensiones	105	Valeriano Gutiérrez Macías y «Omar el Zegrí».
Notas breves: De dentro y de fuera	115	«José de la Peña».
Noticia de Revistas	117	José Canal.
Láminas		Nuestros artistas: «Calle de Cuacos», por Victoriano Martínez Terrón y fotos de X, Olivenza, Castellanos y Mas.



ALCANTARA



AÑO XII

ABRIL-MAYO-JUNIO

NUMS. 102-103-104

Menéndez Pelayo

GUÍA DE ESPAÑA (1)

Por JORGE VIGON

UN grupo intelectual de tan fina sensibilidad y tal vuelo de ambiciones espirituales como la Asociación de Amigos de Guadalupe, no podía sumarse al bullicio literario de esta conmemoración secular del nacimiento de Menéndez Pelayo con otra catarata de loas y encarecimientos intranscendentes, condenados a perderse en el cielo plomizo de esta mañana de Abril.

Tierra fué ésta para soñar empresas gigantescas, y titanes—que no hombres—dió al mundo para realizarlas. Pero si hubo Solises y Sandes, Paredes y Pizarros para tejer con hilos de quimera el tapiz de las más fabulosas hazañas, fué porque no faltó nunca un Brocense, un Avila o un Ovando, y más que por una y otra cosa porque unos y otros venían de una raza de hombres que creían en Dios, amaban a su tierra siempre dolorida de gloriosas maternidades, y en el alma traspasada de regustos de historia, todos habían sentido palpitar más de una vez, quizá sin acertar a darle forma la idea que un labrador cacereño nacido en tierras de Salamanca, encerró—, sin claves para iniciados, ni alquitaradas alusiones enigmáticas—en unas palabras transparentes.

Yo aprendí en el hogar en que se funda
la dicha más perfecta
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era...

(1) Interesante y docto trabajo leído por su ilustre autor en el acto celebrado por la Asociación de Amigos de Guadalupe, en el Palacio provincial, el día 22 de Abril de 1956.

Es la fuerza poderosa de la tradición que en los comienzos de este siglo pudo redimir a los hombres de la sabedora generación del 98 si hubieran aceptado con humildad la lección de su coetáneo el maestrillo de Piedrahita y labrador, luego, en Guijo de Granadilla, José María Gabriel y Galán.

Uno de ellos, al que luego tuve ocasión de tratar y de querer, Ramiro de Maeztu, aprendió por fortuna nuestra a tomar la medida exacta de esta huella perenne de nuestra tradición. «Menéndez Pelayo—escribió Maeztu, a punto ya de asomar la República por la plaza de la Cibeles—supo el valor universal de España, no en este siglo XX cuando la Cultura general empieza a reconocerlo, gracias, en parte, a sus esfuerzos, sino en aquel traidor siglo XIX en que todo parecía concitarse para que nos creyéramos una nación inhábil, incapaz de pensar. Y habíamos llegado a serlo; nuestra relativa esterilidad de los siglos XVIII y XIX se habría consumado de haber seguido huyendo de nuestras tradiciones, como de una enfermedad hereditaria según la idea de nuestros renegados».

Y vosotros, en esta hora de luces intelectuales quizá un poco indecisas, habéis querido acogeros al magisterio de don Marcelino Menéndez Pelayo erigiéndole en guía de España, y ofreciéndole para este oficio a la despierta conciencia de vuestra juventud preuniversitaria.

Yo sé que si él hubiera conocido vuestras actividades, no hubiera aplicado a ellas otras palabras que las que dedicara, hace ya cerca de cincuenta años, a los fundadores de cierta revista montañesa. «Los que sentimos—les decía—con profunda sinceridad el amor a la gran patria española, tan necesitada hoy del concurso de todos sus hijos, no podemos mirar con recelo, sino, antes bien, aplaudir calurosamente estas manifestaciones de la actividad regional, que son, al mismo tiempo, poderosos indicios de vida y de expansión fecunda. No puede amar a su nación quien no ama a su país nativo y comienza por afirmar este amor como base para un patriotismo más amplio».

No caeríamos seguramente ni vosotros ni yo en la tentación de afirmar que «Menéndez Pelayo sea de los nuestros»; ya nos parecía probablemente indiscreta petulancia decirnos seguidores suyos.

Por mi parte, si cayera en ella, no dejaría de acordarme de aquel varón tan conocido que después de haber fraternizado cordialmente con los comunistas madrileños en la segunda mitad del año 36, afirmaba hace un par de años que de haber vivido a comienzos del siglo XIX, él hubiera sido jovellanista; y no podía uno dejar de pensar que acaso don Gaspar, el de las cartas a Sebastiani a Cabarrúa, y a Azanza, no viera sin vivo recelo tan singular adhesión.

Pero no puede agravarse la memoria de don Marcelino de que se le proponga por modelo. Ciertamente nunca pretendió serlo. Entregado a su apasionada aplicación, cautivo de sus libros y esclavo de sus obras, es la actitud vital que responde a la llamada de una vocación precoz, la que le hace para nosotros ejemplar.

lba a llevarnos demasiado lejos el empeño de aclarar aquí las ra-

zones por las que este valor de ejemplaridad y de magisterio ha estado tanto tiempo preso de reticencias hábiles y de hostilidades frías.

Yo quisiera más bien deciros las que justifican que, aunque tarde, hace algunos años—casi un cuarto de siglo ya—se rompiera el apretado cerco.

Estas razones estaban en el hombre mismo y en su obra. Quizá diría más justamente, en la obra y en el hombre.

2.—LA HISTORIA.

Si toda la obra de Menéndez Pelayo—traspasada como él dijo alguna vez de «Saudades» del siglo XVI. es, en esencia, histórica, no será ocioso dedicar unos minutos a decir algo de la Historia.

La historia es la novela más apasionante, y por eso suele ser insustituible recreo del espíritu. Tiene también un valor didáctico cuya estimación depende de la que cada uno haga de las lecturas estimulantes.

Pero la historia comenzó a gozar de verdadero crédito y de fama científica cuando demostró que, capaz de señalar causas y describir efectos, podía permitir el ensayo de establecer relaciones entre unos y otros.

Parece innecesario pararse ni un momento a considerar el valor político de este hallazgo. Con el tiempo habría de escribir brillantemente Eugenio D'Ors: «No es mía, es de Benedetto Croce—y quizá de otros,—la observación de que, en la evolución de la cultura y de las instituciones humanas a todo cambio de concepto en la manera de entender la historia corresponde un cambio de concepto en la manera de entender la política...; mucho me guardaría de decir si en estos nexos y relación son las transformaciones políticas las que representan el papel determinante, o si al revés, estas transformaciones son la consecuencia de precedentes innovaciones historiográficas». Pero más adelante, vencida ya la duda al parecer, afirmaba radicalmente: «en otros términos, un nuevo estilo de política corresponderá seguramente, al nuevo estilo de historia».

Se diría entonces, y se diría con razón, que cuando D. Marcelino Menéndez Pelayo intentaba la exacta caracterización del ser de España, estaba, sin pretenderlo quizá, haciendo política.

Pero la verdad es que no ocurre siempre, sin embargo, que sea el criterio histórico el que marque una nueva orientación política. La mayor parte de las veces cuando determinadas instituciones y doctrinas pretendieron dar la batalla a las doctrinas e instituciones contrarias, trataron de buscar apoyo en esa fuerza que constituye el difuso sentido histórico de la sociedad política. Altamira, que pertenecía a una escuela que conocía muy bien este mecanismo, por haberlo manejado con habilidad, observaba con acierto que desde el punto de vista social importa más a todos los pueblos el saber de la Historia poseído por el hombre que pasa por la calle que el de los profesores de historiografía.

A esta idea de antiguo conocida, y a la resignación de las inteligencias que podían haber aceptado la batalla en el terreno en que se les presentaba, debemos la persistente mixtificación y el tenaz ensombrecimiento de nuestra historia.

Por esto, cabalmente, fué tan difícil la empresa de reconstitución de nuestro pasado, sistemáticamente deformado, a la que Menéndez Pelayo dedicó sus esfuerzos. Pero era absolutamente necesario, si al futuro había de abrírsele un camino que, como el mismo D. Marcelino escribía en la *Historia de las Ideas Estéticas*, sea «una sucesión lógica de ideas y sistemas engendrados los unos en los otros, no por contacto fortuito, sino por derivación espontánea». Si hemos de despreciarnos o de estimarnos—escribió Bonilla—necesario será «que nos conozcamos; y la historia es para los pueblos lo que la conciencia y la reflexión para los individuos: un medio de conocimiento de faltas y de méritos, y un aviso para la enmienda o para la perseverancia».

Es lo mismo que decía el propio Don Marcelino en el comentario al discurso de Vallín: «Nadie pretende que la actividad de nuestros hombres de ciencia se emplee meramente en un trabajo de construcción histórica; queremos la renovación de la ciencia española—y lo mismo hubiera podido decir de la vida española—no su testamento; pero para llegar a esa renovación, necesitamos conocer a punto fijo nuestros aciertos y nuestros errores antiguos».

Importa añadir que esta tesis histórica es, cabalmente, la tesis del pensamiento tradicional español. Con todo lo cual queda implícitamente dicho que la tradición no es arcaísmo, sino que pondera la duración, admite la caducidad, y señala el ejemplo y la inspiración.

3.—LA OBRA DE MENENDEZ PELAYO.

En el mundillo intelectual que se encontró D. Marcelino «la falsa historia»—por decirlo con sus propias palabras—«lo había invadido todo».

Con el andar del tiempo, un acuerdo tácito—nada difícil de cumplir porque sólo exigía no hacer nada—fué dando aparente consistencia a las arbitrarias construcciones de la pasión. La masa ajena a la historiografía, masa de la que forman parte muchas gentes que solemos hacer figurar en nuestro censo particular de personas cultas, vive en la historia, de unas noticias recibidas sin crítica, conservadas en general sin estimación, pero propicias a dejarse activar por la pasión, y a exhibirse sin oportunidad, y a menudo con daño.

Ni siquiera de todos los especialistas se puede pensar que le rindieran honesto culto. De muchos podría decirse, como D. Marcelino de los clásicos, que la historia fué en sus manos puñal y tea vengadora. Sólo que, además, casi nunca fué grande bella e interesante como en las de Tucídides, Tácito, Maquiavelo o D. Francisco Manuel de Melo.

Al pie de esta muralla espesa y aparentemente inexpugnable, abrió D. Marcelino la primera mina, cuando, con sus mal contados

veinte años, inició la serie de artículos polémicos en torno a *La Ciencia Española*.

«De esta polémica—escribiría cuarenta años después Pedro Sáinz—y de la influencia de la obra de Menéndez Pelayo arranca todo el movimiento de investigación y de reconstrucción histórica al que hoy asistimos».

Y no sería poco deberle esto. Pero hay más.

Lo que durante unos decenios—que yo no sé si están agotándose ya—dió a la historia una singularísima importancia fué la enorme fuerza que representaba en la vida social aquel saber histórico de la masa de que Altamira hablaba, como parcela de la conciencia colectiva, y «como ingrediente de la opinión pública desde la que actúa y pesa en todas las actividades nacionales e internacionales».

Tal convicción, y la dificultad de poner la obra ingente de Don Marcelino al alcance de esta masa, fueron las que me determinaron un día a intentar, a la buena de Dios, reconstruir con páginas de sus obras un esquema de la *Historia de España*, que parecía estar haciendo falta a los españoles.

No recordaría yo la fortuna de aquel intento, pese a que entonces se ejercitara en torno suyo y en cierta medida el arte del silencio, si no me hubiera inquietado en algún momento un reproche de falta de fidelidad al pensamiento de Menéndez Pelayo, levemente insinuado en el magistral prólogo que D. Antonio Tovar puso a su antología de textos magistrales de D. Marcelino.

Creo que el pensamiento de Menéndez Pelayo, lo recogerá, quien lea, de sus propias palabras copiadas por mí sin mutilaciones, ni añadidos y sin el propósito de llevar el agua a ningún particular molino; ello hubiera implicado desviar fraudulentamente el caudal de su saber, de su cauce natural. Que otros utilicen tamices sutiles para eliminar razones, adjetivos o afirmaciones que toleran mal; yo le dejé seguir su curso para que al cabo de él se transformara íntegro en energía histórica no sé si en mi molino, o en el molino de D. Antonio Tovar, que por lo que él decía, y no me duele creer, son dos molinos distintos.

4.—EL HOMBRE.

Tan ligados están el hombre y su obra que forzoso será volver a hablar de ella, quizá demasiado desordenadamente, al apuntar las notas características de la personalidad de su artífice.

No sería necesario en el orden de los conocimientos comunes a todos, pero sí en el de la jerarquía de las ideas, traer aquí el recuerdo de su acendrada religiosidad. Una religiosidad con Dios y con dogmas muy distinta de los agonismos, y de los presentimientos de quienes no acertaban a ver siquiera lo que la idea nacional española debía a la idea religiosa que nos había dado la Iglesia.

Fué una fortuna para su pasión nacional poder injertarla legítimamente en su poderoso sentir religioso; porque cuando en el campo de la historia aparecen con el Renacimiento las naciones, la es-

pañola tenía ya, como él decía, una honda raíz intelectual en su comunidad «de una fé, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una Liturgia, una cruzada eterna y una legión de santos».

Cabalmente por la solidez de este nexo espiritual podía permitirse a su juicio la nación una cierta diversidad en la unidad, que sirviera de estímulo a las actividades regionales, bien entendido que había de repugnar los desvaríos disociadores del federalismo pimar-galiano, aun cuando viniera disfrazado con las mustias y deslucidas galas literarias de Almirall.

Tanto más, cuando que la España de Almirall y de los federalistas era ya muy otra que la del siglo XVI.

Todavía a fines del siguiente, éramos el único pueblo de Europa que había mantenido «intacta su conciencia religiosa y su conciencia histórica...; habíamos permanecido fieles — escribía en la *Ciencia Española* — al espíritu de nuestra civilización en todo y por todo; éramos tan cristianos y tan españoles en 1699, como en 1792; habíamos regalado a la civilización un mundo».

Pero ya duró poco; la petulencia de la «Ilustración», pesada contrapartida de sus buenos servicios, fué la primera ola de la masa creciente de las «impiedades sabias», que luego, a fuerza de ser manoseadas dejan de parecer a algunos impiedades. Todavía hoy — dos años hace — un ingenio tan sutil como el Doctor Marañón cuando descubre que los males de nuestra civilización tienen su origen en tres pasiones: el resentimiento, la envidia y la ferocidad masoquista, juzga que la libertad es la única medicina para curarlas. Pero si se mira que aquellas tres pasiones se identifican sin gran dificultad con tres pecados capitales: la soberbia, la envidia y la ira, hay para pensar que no será la libertad quien los cure, sino la religión quien los alivie.

Quizá después del amor a la patria, el amor a la libertad ocupa el primer lugar en el alma de D. Marcelino; naturalmente, no sin límites ni para todo. A ella se refiere en alguna parte de «La Ciencia Española» al hablar de «la libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias opinables de ciencia y arte, al modo de aquellos españoles, de otros tiempos, cuyas huellas de lejos — y *longo intervalo*, — procuro seguir, no captivando mi entendimiento sino en las cosas que son de fé, como dijo el Brocense».

Entendía él la libertad no como fin, sino como condición y medio de realizar el ideal de la vida humana y de acercarnos en lo posible al ideal de la vida divina; en lo que se diferenciaba por igual de aquéllos que al desear la libertad por la libertad misma le dejan todas las posibilidades de hacer mal, y de aquellos otros que la consideran condición y medio, vigentes sólo hasta el momento de alcanzar el fin que se proponen.

Unos y otros suelen hablar de su liberalismo, que tiene, por cierto, muy poco que ver con la libertad que reclamaba para sí Menéndez Pelayo. Era el liberalismo una creación anglosajona, con marcado acento deportivo que un poeta definió como «un equilibrio dinámico de combate» y un teorizante como «un estado de guerra in-

telectual». Pero en España fué una cosa bastante menos deportiva, aunque probablemente demasiado acrobática, como dijo, y no en son de crítica, este mismo teorizante infortunado. Antes, D. Juan Valera que decía profesarlo, se lamentaba en su correspondencia con D. Marcelino de que en aquel tiempo — hacia 1883 — la «gente soez y bellaca» se hiciera liberal. Ahora suelen ser personas cultivadas y pulidas las que sorprenden a uno con declaraciones de liberalismo. En último término, quizá en el fondo, es la misma cosa.

En cuanto al liberalismo que diríamos político, no contaba al acabar el primer tercio del siglo XIV, con un partido, ni con más fuerza que la que le prestaba María Cristina. Era sólo una afición, «un vapor» como se decía entonces de ciertos fenómenos emocionales; el acierto político fué condensarlo; y el artificio industrial para lograrlo, la desamortización. ¡Con qué crudo realismo la pinta Don Marcelino! ¡Con qué exactitud también!

La verdad es que hasta 1856 la revolución española no contiene más cantidad de materia filosófica ni jurídica que la que le dejaron como legado las Cortes de Cádiz, es decir el enciclopedismo del que malviven intelectualmente los «progresistas». Después, y bajo la égida de Hegel, de Krause y de los economistas, D. Marcelino ve tomar puesto a los demócratas. La heterodoxia práctica ha abierto camino a la heterodoxia dogmática semicientífica. El camino recorrido después es bien conocido. En 1930 D. José Ortega Gasset afirmaba rotundamente «que la democracia liberal fundada en la creación técnica es el tipo superior de vida pública hasta ahora conocido». A fines de 1931 proponía como tarea común a los españoles la de «organizar la alegría de la república española»; aquella democracia, en efecto, tenía tanto de triste y de agrio, que en 1936 fué preciso acudir con urgencia a remediar los daños que todas las heterodoxias — las sabias y las ignaras — habían contribuido a organizar.

Ninguna de las notas que caracterizan al intelectual católico dejan de hallarse en cualquiera de los escritos de Menéndez Pelayo.

Algunos han dicho que no siempre están tiernamente traspasados de caridad. Esto es radicalmente inexacto. Sería excelente cosa que todos nos entendiéramos a media palabra, y que nuestras relaciones se mantuvieran siempre en un ideal estado de compenetración ideológica absoluta. Por desgracia esto no ha ocurrido entre nosotros casi nunca. En ocasiones han llegado a trasladarse las disputas al campo de batalla; y a él hemos ido acuciados por la convicción de que a tal violencia, íbamos guiados rectamente por las más claras normas cristianas, y empujados por un estímulo que, en último término, era de caridad.

Raro sería que en el paso de la, al parecer, inasequible compenetración a la legítima guerra, no se produjera alguna inevitable violencia de lenguaje.

Don Marcelino, que era tan devoto admirador de nuestra gran Reina Doña Isabel I, escribió en una ocasión, y no en son de censura precisamente: «Ninguno de los más ardientes panegiristas de la Reina

Católica ha contado entre sus excelentes cualidades la tolerancia y la mansedumbre excesivas, que cuando hacen torcer la vara de la justicia, no han de llamarse virtudes, sino vicios».

Quizá en alguna ocasión a la intransigencia de D. Marcelino con las ideas haya acompañado alguna esperanza para las personas; pero en verdad que ello parece hartamente más disculpable que ciertas conductas no bastante lamentadas, de nuestro tiempo, en las que la tierna admiración hacia algunos hombres, pone en muy último término, cuando no en el olvido, los gruesos errores que caracterizan su obra, como si, haciendo un juego de palabras con la vieja recomendación tan conocida, se dijera «olvida el delito y elogia al delincuente».

Si pasados los años de juventud Menéndez Pelayo se dedica más enteramente al estudio dando de lado a la polémica, es porque piensa que en ese terreno está dicho todo y que «la era de las polémicas ha pasado» y se está ya en la de «las exposiciones desapasionadas, completas y fidelísimas».

Pero este «estar dicho todo» no era en modo alguno que ninguno de los contendientes hubiese aceptado las tesis opuestas, sino que a D. Marcelino le parecía ocioso repetir él mismo las cosas que había dicho ya en todos los tonos, aunque los demás siguieran reiterando hasta el agotamiento sus mismas sinrazones.

Aludiendo a aquella pugna se preguntaba una vez un gran amigo de Menéndez Pelayo, ¿por qué estas dos actitudes, por igual generosas, en lugar de completarse y darse mutuo calor, se convirtieron en pedrea de bando a bando, con detrimento de la ciencia y de la verdad?». La respuesta está implicada en la afirmación, incidental, pero inexacta, que encierra. No hay en modo alguno igual generosidad en ambas actitudes; hay frente a la de D. Marcelino, una posición respaldada por una pasión sectaria ilimitada, que no cultiva, precisamente, una «ciencia nueva, racionalista, abierta al libre examen»; Se ha acordado muchas veces en estos últimos tiempos aquella sincera confesión de Menéndez Pelayo a Valera «no los detesto por libre pensadores, los detesto por no haber sabido nunca pensar libremente».

Por el extremo opuesto de aquellos sectarios estaba—o pasaba una vez—Unamuno. «¡Tolerancia!»—escribía en cierta ocasión—«hija de la profunda convicción de que no hay ideas malas ni buenas, de que son las intenciones y no las doctrinas las que justifican los actos».

Ocurre sin embargo, que las doctrinas sin intención si son algo son una pura farsa.

Por eso creo yo que si Dios nos hubiera deparado la suerte de conservárnoslo en una milagrosa madurez, D. Marcelino *hic et nunc* no hubiera dicho cosas mucho menos ágras de los actuales heterodoxos y de su coro de adheridos y simpatizantes.

Dicho queda que la obra fecunda de Menéndez Pelayo alumbró un camino a muchos investigadores, si bien por sus extraordinarias dimensiones y por su inmenso crédito—que no es lo mismo que po-

pularidad—invitó también a muchos a descansar en la idea de que él había leído y había pensado por todos nosotros. Esta fué una culpa de todos; pero acaso fué específicamente suya la de no haber puesto demasiado empeño en hacer escuela y en formar discípulos, precisamente, quizá, por un respeto sincero a la libertad intelectual de los que se le acercaban; probablemente también porque en el ambiente universitario de su época, tan poco propicio al sistema de ideas que él mantenía vigorosamente, no tuvo apenas eco ni apoyo eficaces.

Yo no sé hasta que punto a este español tradicional que es Don Marcelino, se le puede calificar de casticista como viene a decir Bonilla, refiriéndose a *La Ciencia Española* y a los *Heterodoxos*. Precizando más la cuestión D'Ors dirá que D. Marcelino es castizo, pero no casticista; y europeo, pero no descastado; esta última nota que mejor que de europeísmo se diría de universalidad viene dada por la estimación universal de los valores que en España él reconoce y exalta, y en cuya lenta extinción descubre la causa de nuestra debilidad.

Es la aspiración de universalidad que apunta en aquellos cuatro versos de la *Epístola a Horacio*, que vosotros, paladines de la *Unión Latina*, oiréis como un eco de vuestro propio anhelo:

Helenos y latinos agrupados
una sola familia, un pueblo solo,
por los lazos del arte y de la lengua
unidos, formarán...

No ha faltado quien pretendiera descubrir en la afición a los estudios folklóricos y en no se qué supuesto espíritu de contradicción de D. Marcelino, una veta romántica. Contra esta suposición podrían aducirse algunos juicios de valor por él formulados, si es que su formación, su sistema de ideas y su propia conducta, a pesar de la conocida debilidad esencial de su carácter, no se insertaran en una línea inequívocamente clásica.

Es cierto que en la *Historia de las Ideas Estéticas* dedica algún centenar de páginas al estudio del romanticismo francés, lo que es indicio de simpatía y de libertad intelectual; pero no de ceguera.

«Victor Hugo—escribía allí D. Marcelino—afirmó en un célebre preámbulo escrito en 1830, que el romanticismo en literatura era algo así como el liberalismo en política. La frase logró fortuna, y conquistó, sin duda, para la escuela romántica la adhesión o la simpatía de muchos espíritus prosaicos que, extraños a las funciones del arte puro y desinteresado, necesitan enlazarlo con algún principio social o político para formarse la ilusión de que realmente gustan de la poesía».

¿Quién podrá pensar que se engañaba entonces al escribirlo en cuanto a la estimación de los valores morales del romanticismo?

¿Y quién puede resistirse ahora a la tentación de establecer un paralelo entre el fenómeno poético político del romanticismo y el de algunas tendencias literarias de nuestro tiempo que para no perder punto en la comparación, han trasladado la democratización romántica del lenguaje—que señala D. Marcelino—al plano de la indecente ordinización del vocabulario?

Quisiera deciros ahora algo de la extraordinaria capacidad de trabajo de D. Marcelino.

«La historia—decía en un discurso académico en 1907—tiene que ser una creación viva y orgánica. La ciencia es su punto de partida, pero el arte es su término; y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética».

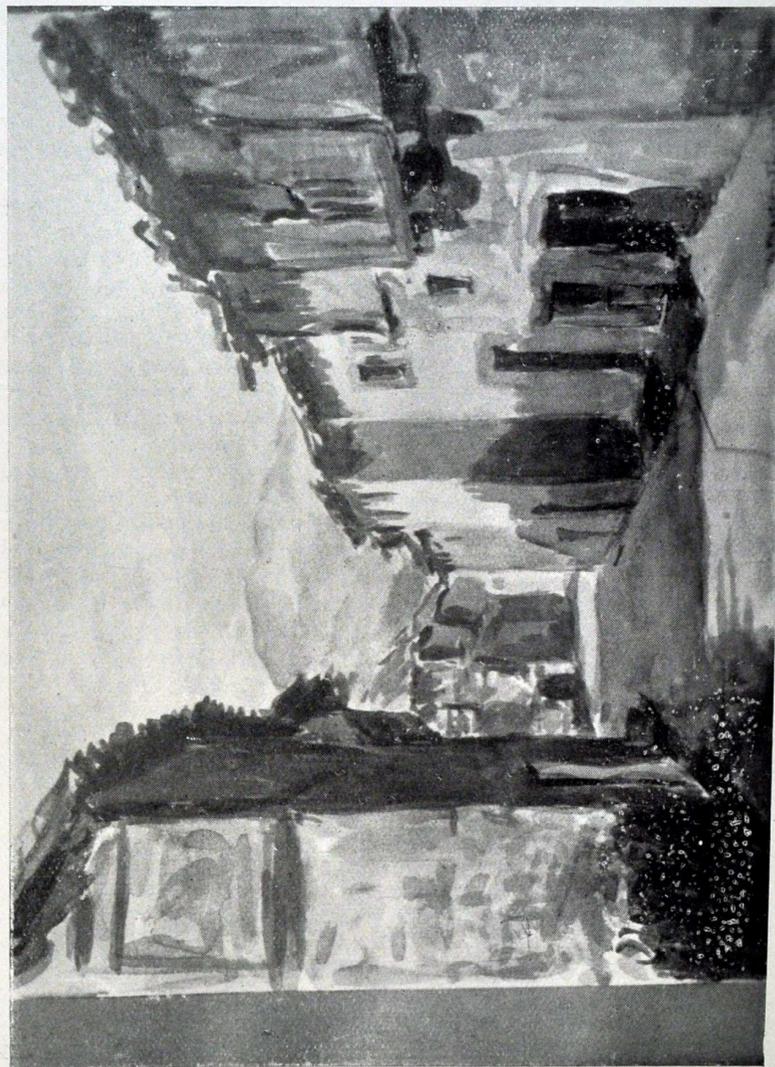
En tan breves palabras está encerrado el programa de una vida entera de trabajo; en primer término una labor ardua y esforzada de estudio, de lecturas de documentación en suma; un análisis paciente, facilitado a veces por las felices intuiciones de un fino instinto psicológico; después, el arte, cuya ausencia señalaba él en la obra, por otra parte maravillosa de ciencia y de adivinación, de Mommsen, y cuya gracia tanto admiraba en Thierry.

Pero no acaba todo en el arte; pedía D. Marcelino que, al terminar, la historia así concebida, nos acercase a una comprensión «cada vez menos incompleta del genio nacional y de los inmortales destinos de España»; tal es la creación viva y orgánica de que antes os decía; y ¿para qué había de quererla viva, sino para incorporarla así al torrente vital de sus connacionales? D. Marcelino «vivía con los muertos» es verdad, pero vivía entrañablemente en la vida y para la vida de su pueblo.

Esto de hacer historia es—ya queda dicho—una noble y alta tarea política. Lo que es menos elegante es utilizar la historia como trincheras para el combate—político o personal—de cada día, lo que no se hace nunca sin ningún estrago espiritual. Menéndez Pelayo, combatió derechamente, allí donde tropezó con ellas, las ideas que le parecían dañosas por falsas; pero no se emboscó jamás en las marañas de la historia para lanzar una saeta envenenada, ni se sirvió de prólogos ni de historias para urdir, con harapos de las ropas interiores de Clío, fábulas censorias.

Lo que se proponía D. Marcelino, era una cosa más seria. No era componer una historia general y seguida, que como decía refiriéndose a Quadrado, «quizá hoy no puede ni debe intentarse». Su tiempo—diría él mismo—«era el de recoger materiales y no el de levantar edificios». Y sin embargo, sin pretenderlo, planeó y ejecutó en parte una obra gigantesca, de una fracción de la cual, compuesta en la primera juventud,—*La Ciencia Española* dice Yeschke a quien no ciega ninguna afinidad, que es tal vez en España el acontecimiento más importante del siglo XIX.

El conjunto de su obra, discontinua y, a veces, esquemática, es como un inmenso cáncano de la Historia de España, válido aún para muchos años, que permite, como dijo alguien, descubrir un ideal



NUESTROS ARTISTAS.—«Calle de Cuacos», por Victoriano Martínez Terrón. Foto X.

de nuestra nacionalidad realizándose en el tiempo. Unica tierra en la que es posible encontrar una raíz tradicional en la que injertar el quehacer político cotidiano.

El empeño de construir una teoría laica condujo a los curiosos de conocer nuestra sicología—como el antes aludido Altamira—a unas frías vaguedades inconsistentes y absolutamente insatisfactorias.

La nacionalidad supone una unidad de calidad superior a las de carácter geográfico, botánico, o léxico, no siempre fáciles de perfilar; ninguna lo es tanto como la unidad de creencias, por la que un pueblo adquiere vida propia y conciencia de su fuerza unánime, diría D. Marcelino en el famoso epílogo de los *Heterodoxos*.

Este pensamiento unitario creó un repertorio de sentimientos que caracteriza bien a aquel «pueblo de teólogos armados» que constituían los españoles de los siglos XVI y XVII. D. Marcelino los personifica en Calderón en quien descubre «toda la mezcla de luz y de sombras, de grandeza y de defectos» de la España antigua: el sentimiento religioso del orgullo nacional, el sentimiento monárquico, el sentimiento de la justicia y de la libertad patriarcales; la pompa aparatosa y las vanidades y sueños de nuestra decadencia.

Y todo ello en un ambiente ampliamente popular en el más noble sentido de la palabra—como el mismo D. Marcelino escribe—no el trivialmente democrático que le dan algunos suponiendo que lo popular es lo que entra a constituir patrimonio de los menesterosos y necesitados. «Pueblo—decía—ha de entenderse aquí conforme a la definición clásica de la Partida Segunda».

No debe entenderse que Menéndez Pelayo pusiera en aquel adjetivo «democrático» nada despectivo, ni de caprichoso. Más de una vez dice que la España de aquellos siglos constituía una democracia frailuna; y nada más exacto si se repara en que la tercera parte de la población eran frailes y monjas, y en que, como sería fácil demostrar con una larga nómina, la Iglesia ofrecía fácil camino para llegar a las mayores dignidades del Estado, a las más altas tareas de la gobernación.

Por otra parte, dirá alguna vez, «no hay entonces clases inferiores ni desheredadas, en general son todos pobres, pero en medio de esto reina una igualdad cristiana *sui generis* que no tiene otro ejemplo en el mundo y no carece de austero y varonil encanto». Un encanto que ahora estamos en muy favorables condiciones para comprender.

Acepta D. Ramón Menéndez Pidal aquella tesis de la unidad religiosa que hizo a los españoles identificar sus propios fines nacionales con los fines universalistas de la Cristiandad, tomando éstos como propios a partir de Fernando el Católico; y reconoce su vigencia a principios del pasado siglo, cuando el sentimiento católico contribuye tan poderosamente a dar coherencia y vigor a nuestra lucha por la Independencia.

«Después—añade el Sr. Menéndez Pidal—cuando la unidad nacional dejó ya de ser identificable con la unidad católica, la afirmación

de esa identidad permanece siempre como programática para muy gran parte de los españoles».

Esta «muy gran parte de los españoles» para quienes permanece como programática la unidad religiosa la constituían, y la constituimos todavía, quienes permanecemos fieles al genio nacional.

Hablando otra vez del historiador no hay para qué callar los reproches que en calidad de tal se le han hecho a D. Marcelino.

Pero cuando se critica, más o menos amablemente, la medida más bien escasa de algunas afirmaciones suyas en *La Ciencia Española*, se olvida acaso no involuntariamente todas las veces, la dimensión de los agresivos errores o de las ofensivas ignorancias, a los que hacía frente. El milagro de ponderación, de sabiduría y de erudición es que las amplificaciones de la verdad no hubieran sido menos infrecuentes, y más descomedidas.

El mismo Menéndez Pelayo—recuerda un gran devoto suyo, el Dr. Marañón—en el prólogo a la tercera edición de este libro lo califica de *libro de polémica*, cuyo éxito se debió en gran parte al atractivo que la mísera y pecadora condición humana encuentra siempre en todo lo que va mezclado de dimes y directes personales. No digo yo que ocurriera algo de esto. Todo el mundo sabe cuantos libros adquieren un sorprendente éxito, no tanto por lo que contienen de ciencia o por lo que el arte los adorna, como por lo picante del tema o por la complicidad de la ocasión con la malicia de los lectores.

Pero en el caso de *La Ciencia Española* pienso que la más poderosa de las causas fué, que habitadas muchas gentes a la seguridad de tener razón y a la angustia de carecer de razones, recibieron con singular alborozo las que se les ofrecían, celebrándolas con un júbilo que merece respeto por estar inspirado por la gratitud.

De otra parte, mejor que nadie conocía D. Marcelino, para quien «la exactitud era una forma de probidad literaria», cuales eran las exigencias del oficio de historiador, y cómo está condenada su obra a la caducidad, acelerada por la revisión de las fuentes, por los nuevos hallazgos de los investigadores, o por gracia de una interpretación más aguda de los datos que ya se poseían.

En el prólogo de un opúsculo que contiene el texto de cierta bellísima conferencia de D. Ramón Menéndez Pidal, D. Dámaso Alonso, sin regatear elogios, define el espíritu y la obra de D. Marcelino de sintética, mientras que caracteriza la del Sr. Menéndez Pidal de «inmensamente analítica» en lo que no deja de haber mucho de acierto, porque en definitiva el genio es esencialmente un poder natural de síntesis. Quizá no sea allí culpa del que escribe, sino torpeza del que lee si obtiene una triste impresión de la incompetencia o de la pereza de D. Marcelino que según el Sr. Alonso, «apenas había sentido la menor curiosidad por esta sistematización de la ciencia europea, aún siendo los nuevos métodos técnicos tan fecundos como habían sido, tan fértiles, tan asombrosamente creativos, y aunque se habían producido, como si dijéramos, delante de sus ojos».

Se diría que D. Adolfo Bonilla adivinaba este reproche cuando años antes escribía: «Yo concibo perfectamente que los textos editados por Menéndez Pelayo se vuelvan a imprimir con más exactitud; que los orígenes históricos de un cuento se puntualicen con mayor copia de datos que los que él aportó; que los métodos de análisis literario se hagan más científicos y exactos, aun á trueque de convertir el estudio de la estética en una tabla de logaritmos. Lo que se me hace muy difícil de creer y niego que exista por ahora entre nosotros, y desearía, sin embargo, que se realizase, es que surja otro entendimiento dotado de tan maravillosa facultad de visión interna como el suyo, un entendimiento que cual sutilísimo zahorí, no necesita tomarse el trabajo de apartar montañas y separar rocas y remover obstáculos con los calculados instrumentos de los expertos Ingenieros, para penetrar en las entrañas de la tierra y sacar a la luz sus tesoros».

5.—HOMENAJE A LA JUVENTUD.

Todos los hombres de inteligencia clara tenían que darse cuenta de la singularidad excepcional que representaba la presencia de Don Marcelino en el panorama de la inteligencia española. D. Ramón Menéndez Pidal, en el prólogo de la *Historia de España*, cuya publicación dirige, formulaba una observación del mayor interés como suya. «Las izquierdas—decía—siempre se mostraron muy poco inclinadas a estudiar y afirmar en las tradiciones históricas aspectos coincidentes con la propia ideología...» «Tal pesimismo histórico—añadía—constituía una manifiesta inferioridad de las izquierdas en el antagonismo de las dos Españas. Con extremismo partidista abandonan íntegra a los contrarios la fuerza de la tradición; dejan a las derechas disfrutar por entero del sólido apoyo de una afirmación entusiasta, personificada por Menéndez Pelayo quien, con erudición y arte insuperable, exalta toda la vida pretérita como gloria del pasado y guía del futuro...»

Es muy justo decir que este llamamiento y recomendación de D. Ramón Menéndez Pidal para proceder a la urgente recuperación de D. Marcelino fué escuchado como es bien notorio; y uno enlaza con esta docilidad manifiesta, y con la inteligencia y buen tino con que fué cumplida la consigna, cierta indicación que D. Dámaso Alonso apunta en aquel medido y desmedido prólogo, al que antes aludí, en el que luego de elogiar la obra, la abnegada laboriosidad, y la tenacidad maravillosa del Sr. Menéndez Pidal, su maestro, añade, muy justamente tras pasados de devoción: «Otros cursos espirituales salen de aquel gabinete de trabajo y se extienden por todo el mundo».

Relieves y escurriduras de estos cursos, no sería sorprendente que llegasen a la juventud, ávida siempre de recibir lecciones de los maestros afamados.

No sé exactamente en qué tiempo, por falta de suficientes referencias, escribía el Dr. Marañón: «De una parte de los trastornos

sociales inútiles y crueles de nuestros tiempos en Europa son responsables directos los maestros, más que malos pedantes, reclutados con un mínimo de conocimientos, lo cual puede no ser demasiado grave, pero con una ausencia absoluta de sentido de la augusta responsabilidad de su misión. Digo que ellos son los responsables directos. La responsabilidad indirecta, pero quizá la más grave, ha de atribuirse al Estado mismo, que al elegirlos atiende más a la ciencia que a la conciencia...

Y puesto que de fijo escribía antes de 1940, y lo hacía refiriéndose a Menéndez Pelayo y otros ingenios españoles, no parece aventurado suponer que no excluía a España del panorama europeo que abarcaban sus reflexiones; en cuyo caso habría que convenir en que quizá exageraba el prestigioso profesor, ya que a la conciencia, a la conciencia política singularmente, se atendía aquí muy preferentemente para el reclutamiento del profesorado en los años que antecedieron a nuestra guerra.

Se operaba así entonces, porque muy certeramente pensaban los que tenían interés en mantener la agitación, que el de la juventud estudiantil era un medio propicio y favorable para suscitarse, partiendo del equívoco principio de que no hay juventud real donde no existe actuante y agresiva una inquietud política.

Es evidente que todo individuo en la sociedad tiene dos deberes: el primero ocuparse de las cuestiones que interesan a la colectividad, es decir, de política; el segundo no ocuparse sólo de política. Cada uno debe procurar arreglar las cosas de manera que su vida material no dependa de la política. Esto es lo que hace poco prometedor de venturas el acceso a las tareas políticas de jóvenes dotados de muy fuerte vocación para ella, y acaso de tan poca para cualquier otra ocupación vulgar, que al cabo, vayan a tener que subordinar su existencia a vivir en torno a la política.

Hoy que la prisa deja a todos menos sosiego para leer, y que tanta gente se conforma con los comprimidos de las selecciones, sino con el tratamiento homeopático de la titulación periodística, pienso que hay muy poco que esperar de la eficacia cultural que pueda tener la técnica comercial de la propaganda. Creo que toda la abundantísima tinta que ha corrido en elogio de Unamuno y de Ortega, por ejemplo, no habrá ganado para su obra muchos lectores. Estoy absolutamente seguro, en cambio, de su eficacia política; y esto por dos factores que se multiplican como por arte de magia: por su calidad —cautelosamente expuesta— de discrepantes, y por el valor que da a esta calidad el aceptarlos como inscriptos por seleccionadores —con título de nacionales— en la breve y excluyente relación de los genios.

Podría uno buscar —pero lo haría en vano— una palabra que definiera mejor que la hallada por Laín, una actitud intelectual que ha llenado de confusiones, nuestro mundo.

«Aristofilia»; amor a lo mejor; amistad a los mejores. Buscar —añado yo— sino la amistad, la benévola sonrisa de los que se disputan por «mejores».

Lo que es noble y legítimo siempre es que la unidad que se emplee para medir la valía de los hombres, sea la adecuada al caso.

Quien no la mide por sí mismo y acepta los resultados de las observaciones ajenas, se expone con demasiada frecuencia a la malaventura de todos los «snobs». No es legítimo admirar ni elogiar a un hombre por un sistema, una doctrina, una norma, una visión de que carece, en función de un estilo, de una gracia, o de la copiosidad de una formación que no habría por que regatearle.

Esta es la nota que caracteriza al «snob»: la de aplicar a la estimación de los valores, unidades de medida inadecuadas a su naturaleza.

Del confusiónismo a que ello da lugar no se puede esperar ninguna buena ventura. En un escrito muy pensado y muy medido, fechado bella y litúrgicamente en el tercer Domingo de Adviento de 1953, y tras pasado de muy bien elegidos versículos de los libros Santos, se preguntaba el mismo D. Pedro Laín. «¿Cuándo nuestros sociólogos nos harán conocer científicamente el mundo en que vivimos?».

Esta falta de información le permitía entonces sostener «muy sueltamente» que hasta aquel momento no había ocurrido ninguna «desviación ideológica» entre los estudiantes universitarios.

Si después quizá no pudiera asegurarse lo mismo ¿no hay motivos para preguntarse qué es lo que ha ocurrido en la Universidad en este tiempo?

Algo grave debe haber sido cuando D. Dámaso Alonso ha podido escribir «la actual generación española —me refiero a la joven— tiene (dentro de lo exclusivamente literario) dos principales raíces de su pasión por España: una es Unamuno y otra Menéndez Pidal». Esta ausencia de Menéndez Pelayo de la conciencia juvenil, forzoso es que obedezca a alguna poderosa razón. Para los que tenemos ya muy a nuestra espalda la guerra, la existencia con plenitud histórica no sólo tiene que valorar el presente real, el futuro posible y el pretérito, sino que en este último ha de contar con un factor afectivo, a veces de origen geográfico que procede de no haber tenido todos en aquella ocasión la cabeza, el corazón y el brazo, en el mismo campo. Ciertas dolorosas dicotomías han dejado una huella amarga en nuestra cultura. El superarlas hubiera exigido una actitud de permanente heroísmo. El tremendo error quizá haya sido no haber visto a tiempo que hay heroísmos casi inhumanos que no se pueden exigir a todo el mundo; y no pensar que un heroísmo fracasado nunca puede servir de ejemplo ni de guía.

Se ha dicho más de una vez que la juventud es la que más liga a los hombres; pero quizá no sea exacto. Es un supuesto visiblemente erróneo, inspirado, quizá, por el deseo de hacer pesar el concepto de contemporaneidad en la política.

Pero los jóvenes tienen derecho indudable a su zona de influencia en la vida social. Una influencia que no les puede venir ni de su propia mocedad, ni de su número. La influencia les ha de venir a los

jóvenes de su personalidad y de su saber; no del acceso—o del asalto—a los puestos directivos.

Quizá la lección más importante que nos dejó la vida de Don Marcelino es la del respeto que debemos al saber juvenil.

Este que estamos tejiendo es, implícitamente, un homenaje a la juventud intelectual. Si se piensa que «La Ciencia Española» fué escrita a los 22 años; que D. Marcelino comenzó a publicar los «Heterodoxos» a los 24; y la «Historia de las Ideas Estéticas» a los 27, hay que convenir en que la contrarrevolución española está viviendo estética e históricamente desde hace 70 años de la obra de un mozo excepcional, pero de un mozo.

Es también la advertencia de que la juventud tiene derecho a todos los homenajes y a todos los respetos con sólo dos condiciones: que tenga talento y que sea honesta y seriamente trabajadora.

No es éste en cambio un homenaje al éxito. D. Marcelino—diría con notoria exactitud Maeztu—estaba derrotado, porque había dedicado la vida a arrancar a España de las garras de la revolución, y ésta se propagaba en torno suyo, por todos los departamentos del Estado, para minar y corroer lo que aún quedase de espíritu tradicional. D. Marcelino había vivido entre sus muertos, sin poderse dedicar al cuidado de formar generaciones de discípulos que continuasen su labor. De cuando en cuando se escuchaba la protesta del polígrafo, que volvía a sumirse en sus infolios después de formularla.

A pesar de todo, no se sentía D. Marcelino enteramente pesimista. También nosotros vimos un rayo de luz en medio de las tinieblas que nos rodeaban, y tembló en nuestros corazones el temor de que pudiera extinguirse totalmente.

Ni los centenares de artículos, ni la abundante colección de hojas clandestinas, ni la agitación conspiratoria, nada escasa ni reposada, tuvieron tanta parte en la preparación de la Cruzada, como el repertorio de ideas y de conceptos que nos había dejado D. Marcelino. Si ahora promueven menos entusiasmos e ilusiones entre los hermanos menores, y ya también los hijos, de los que un día fueron a morir por la España que él había dado a conocer, tenemos nosotros el deber de estudiar y de entender este proceso con ojos bien abiertos y con honestidad histórica.

Vosotros habéis dado un paso más. Conscientes de vuestra responsabilidad, que es la de todos nosotros, volvéis a convocar enérgicamente a vuestros jóvenes en torno a Menéndez Pelayo. Que Dios bendiga vuestra empresa.



NUESTROS CLASICOS

SONETOS

I

*Tiempo, adorada, fué cuando abrasado
De fuego de tus cumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado...*

*¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desdén helado!*

*Pasó aquel tiempo, mas la viva llama,
De mi fiel pecho inextinguible dura,
y hablar no puedo aunque morir me ceo.*

*Huyo, y muy más mi corazón se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura,
Y siempre a la razón vence el desen.*

II

*De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos hojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.*

*Tu dulce boca, que el carmín colora,
Su púrpura le dió para rendirme;*